Manuel Triana Ortiz

Anotaciones sobre la teología de Epicuro

Summary: *The effort of Epicurus to reconcile his philosophical learnings with his religious beliefs will be the main focus of this article. Some texts and testimonies will be cited to reveal the piety of this Greek thinker.*

Resumen: *Se intenta mostrar en este escrito el esfuerzo de Epicuro para conciliar sus planteamientos filosóficos con sus creencias religiosas. Se señalan también algunos textos y testimonios que dejan ver a este pensador griego como un hombre piadoso.*

La búsqueda de un principio de explicación racional, tanto del origen, como del orden del cosmos, hizo que la filosofía entrara tempranamente en conflicto con la esfera de lo sagrado de la tradición mítico-religiosa.

En la interpretación de la historia del pensamiento griego se han perfilado distintas formas de resolver este conflicto que oscilan entre una y otra de las siguientes posiciones: la que afirma que el desarrollo del pensamiento filosófico - unido al científico- fue diluyendo la fe en los dioses¹ y la que sostiene que la filosofía hizo generalmente un esfuerzo por conciliar el principio del cosmos con la fe mítico-religiosa.² Ahora bien, en esta segunda posición se puede apreciar que no es fácil armonizar lo divino comprendido filosóficamente y lo divino de los mitos. Mientras la comprensión filosófica pretende un carácter más universal, los dioses míticos han estado ordinariamente, más vinculados con las particularidades de las ciudades o regiones, o incluso de intereses grupales o individuales. En el marco de la segunda posición,

intentaremos mostrar en este escrito un ejemplo de un griego que procuró armonizar su pensamiento filosófico y su religiosidad.

A. ¿Era Epicuro un hombre piadoso?

Debido a la vinculación entre materialismo y ateísmo de la época moderna, suele extenderse este ligamen a griegos que profesaron el materialismo. Tal es el caso de Epicuro. Sin embargo, en honor a la verdad se impone la necesidad de decir que el maestro del jardín no fue ateo. Más aún, fue un hombre piadoso, y, como filósofo, buscó un criterio propio para comprender lo divino y la religión.

Algunos elementos del contexto histórico de nuestro autor pueden servirnos de punto de partida para entender sus planteamientos sobre la religión: Epicuro nació en el 341 a.C., 19 años antes de la muerte de Aristóteles. A pesar de esta cercanía en el tiempo, la circunstancia histórica en que se desarrolló su vida y se generó su pensamiento es bastante diferente de la del Estagirita. En efecto, Epicuro creció en medio de una sociedad que ya no estaba aferrada a la ciudad-estado. La helenización de los pueblos que formaban parte del territorio imperial iniciada por Alejandro, y los acontecimientos políticos que siguieron al Imperio, llevaron a la filosofía a hacer planteamientos éticos sobre la conducta individual, desligados de la exigencia de pensar teniendo presente un conglomerado ciudadano, como lo era la polis.

A esta circunstancia de su momento histórico se unió otra de la vida personal de Epicuro: su reacción ante la religiosidad popular muy inclinada a la superstición, de la cual era sacerdotisa su

madre y a quien debió acompañar por fuerza siendo niño, según Diógenes Laercio, "girando por las casucas y habitaciones populares, recitando versos lustratorios".³

Ambas circunstancias nos permiten comprender motivos, tanto para la búsqueda epicúrea de principios de conducta individual, como del cuestionamiento de la religiosidad vivida socialmente. A ello debe unirse, por supuesto, la propia y personal elaboración del atomismo, con base en su conocimiento de la doctrina de Demócrito.

Esta búsqueda de Epicuro nos ha generado la siguiente pregunta que fue la que dio origen al presente escrito: ¿Cómo es posible que, a pesar del intento, aparentemente radical, de cuestionar la religiosidad, sus textos den testimonio de piedad personal, y más aún, sean una invitación a ella? Para responder esta pregunta, comenzaremos planteando a continuación algunos aspectos de la teología epicúrea.

B. Cómo y quiénes eran los dioses de Epicuro⁴

1. Cómo eran:

La más importante característica de los dioses epicúreos era su plena felicidad⁵, "la más alta, que no conoce alternancias".⁶ Los otros rasgos característicos se desprenden de esta ventura: la ausencia de preocupaciones de cualquier índole, y la imposibilidad de causársela a otros⁷; la ausencia de todo mal, y la plenitud de todo bien⁸; y la entera dedicación al goce de su propia felicidad.⁹

Todo lo que pudiera poner en duda el goce de la felicidad en los dioses epicúreos fue descartado como no divino. La insistencia de los textos en la inmortalidad, así como en la incorruptibilidad, estaba ligada a preservar esta felicidad, pues entre los temores uno de los mayores era y ha sido el que genera la muerte. Igualmente fue desechada toda posibilidad de que los dioses colaboraran de alguna manera en la construcción del cosmos, pues ello les generaría pesadumbres y afanes, igual que a un artesano.¹⁰ Por esto también los dioses epicúreos fueron concebidos completamente indiferentes a los asuntos humanos.¹¹

A pesar de la indiferencia divina, los hombres tienen -según Epicuro- conocimiento evidente de los dioses¹² que se expresa en la aceptación universal del concepto de lo divino. La visibilidad de

los dioses ante la razón se da, para el maestro del jardín, gracias a una asimilación formal de la continua emanación de imágenes semejantes y confluyentes.¹³

Según la gnoseología epicúrea el conocimiento es posible por emanaciones de los cuerpos, las cuales entran en contacto con los átomos componentes de los sentidos. Por esta razón los dioses deben ser corporales, o, lo que es lo mismo compuestos de átomos. Pero por las características de la divinidad ya anotadas, los átomos de los dioses debían ser diferentes de los de los seres corruptibles; por esa misma razón el contacto de sus imágenes con los humanos no podía ser sensitivo. Epicuro postula entonces que el contacto de las imágenes divinas con los hombres debía ser directo con su espíritu.

2. Quiénes eran los dioses epicúreos

La referencia a Zeus presente en varios textos¹⁴, así como a algún otro dios olímpico, nos lleva a pensar que Epicuro aceptaba la tradición mítica griega. Obviamente las características anteriormente señaladas hacen pensar que los dioses epicúreos no eran comprendidos igualmente, ni como se plantearon en los mitos originales, ni como lo hizo la religión astral.

Es importante anotar también que en los textos a los que tenemos acceso no aparece una teología que intente explicar sistemáticamente el mundo de los dioses, o conformar la personalidad de los dioses de acuerdo con los rasgos indicados. Eso sí, nos encontramos con una justificación de los ritos y prácticas piadosas sobre la que volveremos más adelante, después de las siguientes consideraciones sobre cómo y quiénes eran los dioses.

3. Las características de los dioses epicúreos señaladas anteriormente nos hacen pensar que:

a. Hay una antropomorfización de la divinidad que los hace susceptibles del sentimiento de felicidad, pero al mismo tiempo les niega otros como la indignación, el agradecimiento o el temor.¹⁵

Filodemo, discípulo de Epicuro, resalta tal antropomorfización al afirmar que para deducir la constitución divina, es necesario partir de la naturaleza humana. De allí se debe exaltar la beatitud, como un rasgo común entre dioses y hombres, aunque pleno en los primeros y relativo en los

humanos. Del contraste entre la felicidad divina y la de los mortales, el mismo Filodemo infiere rasgos divinos como la incorruptibilidad, la infatigabilidad, inmortalidad, el no estar expuestos a castigos ni sufrimientos.¹⁶

b. Hay aspectos que recuerdan bien la teología platónica, bien la aristotélica:

* la referencia a la suprema belleza de los dioses, y a su vida armónica y autosuficiente, nos recuerda al "dios-mundo" del Timeo¹⁷;

* la indiferencia divina ante los sucesos del mundo humano y la subsiguiente distancia entre dioses y hombres, nos recuerdan el "Deus ex machina" aristotélico, centrado en su propia autocontemplación.

c. En Epicuro subyace ciertamente la inquietud por explicar el orden del cosmos a partir de un principio único. Pero este principio no es divino, y no hay una relación entre el átomo y la deidad que nos oriente a pensar en su identificación.

d. Sobre el punto de la constitución de los dioses ha habido una discusión, debida en parte a la ambigüedad presente en los textos conservados del maestro. Particular atención merece en el libro de Marcelino Rodríguez¹⁸ la primera Máxima Capital. La mayor dificultad radica en comprender - a partir del texto - cuál sea en última instancia la constitución divina, si como la de los demás cuerpos o como esencialmente imágenes. A esta dificultad trataron de responder ya Cicerón y Lucrecio. Cicerón - quien se burlaba ampliamente de los epicúreos - interpretó el texto en el sentido de que la solidez de los dioses no es captable. Por ello afirmó que no se puede decir que los seres divinos epicúreos tuviesen cuerpos sino "seudo-cuerpos".¹⁹ Por su parte Lucrecio sí pareció admitir propiamente la corporalidad de los dioses, de la cual emanarían efluvios que podrían ser captados por los hombres.²⁰

De admitirse la segunda interpretación surgiría otro problema: la incorruptibilidad de los dioses obliga - como dijimos - a apelar a los "átomos especiales"; así, además, sus efluvios no los desgastarían. Ahora bien, al aceptar esta explicación ¿cómo enfrentar la posible identificación entre los conceptos de los dioses, con los seres productos de la fantasía?

La composición divina de átomos "especiales" es inquietante desde la perspectiva de la inclusión de elementos que de cierta manera rompen con su planteamiento físico general. Asimismo debe romperse con su teoría del conocimiento al afirmar que

las imágenes (eidola) de los dioses se imprimen directamente en el espíritu sin pasar por los sentidos. ¿ Tales rupturas -nos preguntamos - no son de alguna manera una forma, un tanto *a-fortiori*, de dar cabida a los dioses de los mitos ? A fin de cuentas el mismo Epicuro afirmó en la carta a Meneceo que "era mejor prestar oídos a los mitos sobre los dioses que ser esclavos del destino de los físicos"?²¹

En realidad este punto de la constitución de los dioses en el contexto de un materialismo atomista no deja de plantear problemas cercanos a las aporías.

C. Los dioses y los hombres

1. La religiosidad de Epicuro

Como señalamos antes, a Epicuro se le ha presentado como un antecedente importante del ateísmo. Ya en tiempos del imperio romano se le presentó como un hipócrita en sus actos piadosos.²² Sin embargo, textos propios y otros testimonios sugieren la imagen de un hombre de piedad sincera.

Encontramos por ejemplo en repetidas oportunidades apelaciones a la divinidad en expresiones como "¡Por Zeus!"; "¡Por el...!" (que en la época denotaba respeto para con el nombre de un ser sagrado).²³ Epicuro no sólo se animaba a invocar respetuosamente a los dioses, sino que invitaba a velar por el buen uso de sus nombres.²⁴ Festugière afirma que muy probablemente escribió dos obras acerca del tema que no nos fueron legadas: "Sobre lo santo" y "Sobre la Piedad".²⁵

Por otra parte la participación de Epicuro en las actividades rituales parece que era asidua. Filodemo da testimonio de su observancia religiosa al señalar la participación de su maestro en las fiestas del pueblo²⁶, a las cuales el maestro invitaba a participar.²⁷ También en su testamento, citado por Diógenes Laercio, pide que se destine algún dinero para ofrecer sacrificios por sus padres y por él mismo.²⁸

2. Justificación de la piedad

La asistencia a los ritos era justificada por el mismo maestro según Filodemo. Este discípulo afirmó que aun consciente de la falta de necesidad de veneración por la autosuficiencia e indiferencia divinas, Epicuro decía que a los hombres nos era natural honrarlos, tener de ellos nociones piadosas y sacrificarles.^{29 30}

3. La justificación anterior nos sugiere las siguientes consideraciones:

a. La referencia que Festugièrre hace de Filodemo nos lleva a preguntarnos: ¿por qué considera Epicuro *natural* honrar a los dioses? Si los dioses no necesitan nuestro culto, ni los hombres tampoco pues los dioses no se ocupan de las cosas humanas ¿con qué fin realizar el culto? ¿Qué ventaja pueden obtener los hombres con sus ritos?

b. El fragmento 15 parece ofrecer un beneficio a los participantes en los ritos: *avanzar en la idea de la divinidad, pues el disfrutar de las fiestas, permite a los participantes alcanzar a intuir goce pleno de los dioses*. Las fiestas mismas son entonces celebraciones de la felicidad divina. En ellas el goce de los participantes se asocia al de los dioses, hasta el punto de afirmar la posibilidad de rivalizar en felicidad con ellos.³¹

c. La idea de lograr la experiencia del mayor gozo posible, se encuentra como factor importante en el acceso de los hombres a la sabiduría. La opinión sobre los dioses de quienes aspiran a la sabiduría no puede dejar de destacar su felicidad.³² Además no solo los actos culturales, sino en general todo acto que conlleve la felicidad dada por el placer, incluido el sensible, debe ser visto como una forma de honrar las tradiciones religiosas.³³

d. La propuesta epicúrea de asociar a lo divino con la felicidad, resalta ciertamente un aspecto de la concepción griega de los dioses, pero puesto en la forma como lo hace Epicuro, se opone a la visión de las relaciones hombre- deidad de la religión generalizada en su momento, fundada a su vez en el temor. Incluso, de la misma filosofía se asumían justificaciones que llevaban a una observancia de las normas de comportamiento motivada por un gran temor, como el anuncio de que al faltar a ellas, se acarrearían grandes desgracias en la vida presente o en la futura. Contra tal temor reaccionó enérgicamente Epicuro (como lo hará todavía más virulentamente Lucrecio en su momento), no sólo para liberar a sus congéneres de un peso tan grave que les vedaba una vida más amable, sino para postular como fin mismo la vida feliz fundada en el placer, fin que -según él- los hombres podrían alcanzar ya en este mundo³⁴, pues para Epicuro los sabios que lograran la imperturbabilidad del espíritu se constituirían en seres divinos.³⁵

El mismo Epicuro explica como falsas suposiciones lo que da origen a la forma distorsionada en que los hombres concebían a los dioses hasta el

punto de llegarles a temer tanto.³⁶ Tales suposiciones también están en la base de acciones tan absurdas como "pedir a los dioses lo que cada uno es capaz de procurarse por sí mismo."³⁷ De ahí la constante invitación del maestro a tener claridad sobre la auténtica concepción de los dioses y el comportamiento consecuente con ella.³⁸

D. A modo de conclusión

¿Cómo explicar la relación hombres-dioses, presente tanto en la vida personal, como en los actos culturales, en el marco del pensamiento de Epicuro?

La explicación física de los dioses no da elementos para respondernos esta pregunta. Bien señala Mondolfo que para comprender, en esta perspectiva, la teología de Epicuro, es fundamental vincularla con la teología de Aristóteles pues:

aristotélica es la exigencia de que la divinidad esté libre de todo cuidado del mundo, de sus vicisitudes y de toda su actividad externa, gozando sólo de la contemplación y de la sabiduría y perfección propias.³⁹

Podría proponerse que Epicuro aceptó racionalmente *la existencia de dioses* con la intención de plantear modelos éticos, arquetipos del sabio. Sin embargo los textos conservados del maestro van más allá:

- muestran a un hombre que parte de la aceptación universal de lo divino, y la interpreta como una prueba de la existencia de dioses⁴⁰;

- muestran también la preferencia de la perspectiva mítica para referirse a los dioses, sobre las razones de los físicos que -según él- esclavizan al destino.⁴¹

Ahora bien, desde el punto de vista de *la explicación de la piedad*, sí es importante la justificación ética anterior. Aunque no haya reciprocidad alguna en la relación entre hombres y dioses, por la indiferencia de los segundos, la posibilidad de contemplar su felicidad y celebrarla en las festividades religiosas⁴², ofrece sentido y esperanza a la vida humana; sentido porque la felicidad se convierte en criterio de los actos humanos, y esperanza, porque la felicidad divina no es una ilusión. Respondiendo la pregunta que nos hicimos al inicio de este escrito podemos decir que según Epicuro la piedad y la participación en los actos culturales abren el corazón del hombre a la esperanza.

Para resumir lo anterior se puede decir que entender la piedad personal de Epicuro y el llamado que hace a ella, solo se puede desde una perspectiva ética: No hay, ni puede haber una realidad objetiva en que se pueda materializar una intervención efectiva de los dioses, en reciprocidad al culto. Este sólo se puede justificar en la necesidad de darle sentido al comportamiento humano, postulando una meta. A fin de cuentas no hay ética sin esperanza.

Notas

1. Véase por ejemplo: *Nestle: Historia del pensamiento griego* (Traducción de Manuel Sacristán) Barcelona, Ariel, 1975.
2. Así por ejemplo: Jaeger: *La teología de los primeros filósofos griegos* (Traducc. de José Gaos) México, FCE, 1978.
3. *Vidas de filósofos ilustres* (Traducción de José Ortiz) Barcelona, Iberia 1962, p. 188.
4. Utilizamos la traducción de los textos de Epicuro de: García Gual y Acosta Méndez : *Ética de Epicuro* (edición bilingüe de los textos y comentario) Barcelona, Barral Editores, 1973.
5. *Carta a Meneceo* No. 122, en García y Acosta, *op.cit.*, p. 89.
6. *Acerca del sabio* en García y Acosta, *op. cit.*, p. 141.
7. Primera de sus *Máximas capitales*, García y Acosta, *op. cit.* p. 103.
8. cfr. *Fragmentos y testimonios escogidos* No. 13, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 145.
9. *Ibid.*
10. *Ibid.* No. 13 García y Acosta *op. cit.*, p. 147.
11. *Ibid.*
12. cfr. *Carta a Meneceo* No. 122, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 91.
13. cfr. *Máximas capitales* No. 1, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 103.
14. cfr. *Exhortaciones de Epicuro (Gnomologio Vaticano)* No. 33, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 123; *Carta a la madre*; *Ibid.* p. 159; Festugière, *op. cit.*, p. 39.
15. cfr. *Máximas capitales* No. 1, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 103.
16. cfr. Festugière, *op. cit.*, p. 38.
17. *Ibid.*
18. *El materialismo de Epicuro y Lucrecio*. Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1989, pp. 224 ss.
19. cfr. *Ibid.*
20. cfr. *De rerum natura*, versos 76-78 del libro IV, citado por Marcelino Rodríguez, *op. cit.*
21. Paragr. 134, en García y Acosta, *op.cit.*, p. 101.
22. Así por ejemplo Cicerón en su *De natura Deorum* (citado por Festugière, *op. cit.*, p. 37); también Diógenes Laercio, *op. cit.*, p. 190.
23. Sin embargo, a propósito de este tipo de expresiones Plutarco señalaba que Epicuro obraba por artificio, y no "desde el alma"; citado por Festugière, *op. cit.* p. 67.
24. Así por ejemplo en la *Carta a la Madre*; también en el *Papiro de Egipto*. Ver también Festugière, *op., cit.*, p., 67.
25. *op. cit.*, p. 66.
26. cfr. Festugière, *op. cit.*, p. 36.
27. En el *Fragmento I. b.* se lee: "...honrar a los dioses... sólo porque, en comparación con tu propia beatitud adviertes cuánto más infinitamente Augusta ... es la condición de los dioses". Citado por Festugière, *op. cit.*, p. 39.
28. cfr. *op. cit.*, p. 192.
29. citado por Festugière, *op. cit.*, p. 37.
30. García y Acosta, *op. cit.*, p. 147.
31. cfr. *Gnomologio Vaticano*, fragmento 33, en: García y Acosta, *op. cit.*, p. 123.
32. cfr. *Carta a Meneceo*, en: García y Acosta, *op. cit.*, p. 89.
33. *Papiro de Egipto*, citado por Festugière, *op. cit.*, p. 39.
34. cfr. *Ibid.*, p. 40
35. cfr. *Carta a Meneceo*, donde se lee: "vivirás como un dios entre los hombres", en García y Acosta, *op. cit.*, p. 101; también aparece esta misma idea en la *Carta a su madre* en: *Ibid.*, p. 157.
36. cfr. *Carta a Meneceo*, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 91.
37. cfr. *Ibid.* p. 65.
38. cfr. Textos de Epicuro, en García y Acosta, p. 89; p. 99; p. 147.
39. *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica*, Buenos Aires, EUDEBA, 1972, p. 352.
40. cfr. *Fragmentos y testimonios escogidos* No. 12, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 145
41. cfr. *Carta a Meneceo* No. 134, en García y Acosta, *op. cit.*, p. 101.
42. cfr. *Fragmentos y Testimonios escogidos* No. 15 en García y Acosta, *op. cit.*, p. 147.